

«QUIERO HACERTE EL AMOR»

Nani Cárdenas Sch. *

Cavó su tumba, mató a sus hijos, se mató, se enterró, y siguió andando como si estuviera viva. Más viva aún que otros vivos. Como nunca antes se sintió dueña del mundo, merecedora, esta vez sí, del gran amor, ese que te quiere y acepta con tu luz y sombra como un todo apasionante.

Jugó con la verdad sin miedo, apostándolo todo al rojo, convencida de su triunfo. Confió en su cuerpo, en la proteína que cicatriza las heridas, tejiendo una nueva piel. Creyó ganar, y cuando tuvo el premio en sus manos, éste se derritió como un insignificante cubo de hielo, al calor de los rayos de un sol de enero.

Con el corazón mojado, el sueño se volvió pesadilla. Recién entonces se vio a sí misma, envuelta en un manto de muerto. El aire cada vez más escaso, el peso invencible de kilos de tierra, le confirmaron su terrible realidad: sí, estaba muerta... de amor.

Cogió entonces su lápiz, y bajo el perfilado rostro de Minerva escribió: No es pecado, si cuando mujer, al suelo arrodillada caes, como cuando niña suplicabas, con los ojos en llanto vivo. No es la muñeca extraviada, ni siquiera la tontera del rojo en la libreta, ni el perdón de la mentira inexcusable. Es tu niña desvalida, tu ingenuidad facturada, el precio cómo no, antojadizo, cuando asalta el corazón, y lo sangra. Rezar, llorar, suplicar; sólo a él, a Dios, y si no, tal vez a tu ángel de la guarda, ese que nació en el salón de una escuela acobardada. ¿Por qué lo permitiste? ¿Por qué no lo impediste? «Dios aprieta pero no ahorca», «No hay mal que por bien no venga» «El tiempo todo lo cura» ¡Abundan las sentencias fatuas! No es pecado, si cuando mujer al suelo arrodillada caes, como cuando niña, llorando y suplicando, esta vez por el amor perdido, la traición, el abandono, la nostalgia del rincón amado, la penitencia de los recuerdos...

Hasta aquí, el amor me sigue pareciendo un desmadre, un culebrón en el que todos en algún momento interpretamos el papel estelar. Y es que la vida no sólo no tiene adversarios, sino que además, en su certeza de saberse aún incomprendida, se toma sus precauciones, y calcula con exactitud matemática que nunca

nos falte el escenario, ni a ella tampoco. Así, en nuestra precaria, transitoria, y cíclica ilusión de ser la mitad de otro, nuestros instintos se apuran a interpretar la obra de los acuerdos, y con su infalible, por lo variado, repertorio de deseos, pasiones, odios, celos, miserias, tragedias, traiciones, intrigas, matrimonios y divorcios ... atamos y desatamos nuestro particular quipu en el corazón, para al «final de cuentas» saber qué y cuánto ganamos, y si acaso algo aprendimos. Para ello repasamos innumerables veces el parlamento con las clásicas líneas, a estas alturas bastante trilladas: «Dame la prueba de tu amor» (¡pobre virginidad!), «Sin ti mi vida no tiene sentido», «Hasta que la muerte nos separe», «Te amaré hasta la eternidad»... Y para cuando nuestra bestialidad haga su aparición en escena, están las que lo justifican todo: «O yo, o nadie», «Lo hice por amor»...: mar de amor, cuyo oleaje refresca con su vaivén las orillas del raciocinio, pero no las incorpora, las reduce, las erosiona, así erosiona el amor a la razón.

¿Cómo, entonces, y cuándo, dónde y por qué la versión calata de la palabra amor se avergonzó de su placentera desnudez para cubrirse de culpas, miedos, remordimientos, prejuicios, morbosidades y, cómo no, de románticos trajes y pecados teológicos? ¿En qué recodo de su trayectoria se vio aparentemente en la necesidad de vestir con fantasías aquella que afirma que las palabras **amare, amicus, amibilis, y amenus** son de origen indoeuropeo, y que sus significados hacen referencia directamente al acto sexual? O sea, dicho sin rodeos, amor es igual a sexo: a sexo con un ser amable, en buena hora un amigo, y es pues un acto ameno. Así, sin adornos, ni flores, ni bombones, ni velas, ni champagne, ni frases hipócritas, ni falsas promesas... De dónde si no es que cuando queremos tener sexo con alguien, afinamos la garganta, y en tono apasionado, supuestamente persuasivo, le susurramos al oído: «Quiero hacerte el amor». Pero es esta la frase que enreda el argumento, porque amar y querer, siendo en teoría lo mismo, resultaron ser en la práctica dos sentimientos diferentes, ya que sólo uno aparentemente incluiría el deseo. Otra muy distinta sería entonces la historia, si dejando a un lado nuestros tabúes lingüísticos, en lugar de decir «quiero hacerte el amor» usáramos propuestas más exactas, como: te deseo, deseo tener sexo contigo, juguemos con nuestros sexos, te invito a un beso, a besarnos, a besar tu sexo... y así por el estilo, la que mejor te salga.

Para hallarle respuestas a mis interrogantes desde ya me niego rotundamente a señalar con el dedo a Eva, a su manzana, a su

serpiente, o a cualquier otro personaje mítico, legendario, real, histórico o imaginario de Occidente, o de Oriente, del sexo femenino. Con ello, por cierto, no me queda sino exculpar igualmente al sexo masculino, aunque como publicista no les perdono que nos vendieran tan, pero tan bien, y tan masivamente al guapísimo, riquísimo, elegantísimo, valiente, brillante y poderoso Príncipe Azul, montado en su caballo blanco, dispuesto a casarse con nosotras y transformarnos de cienientas desafortunadas en esplendorosas princesas, mujeres únicas, patronas ricas y mundanas, y que luego fallaran en el marketing: o no está el producto en la góndola¹, o es demasiado caro, por tanto de uso exclusivo de algunas pocas, o es un sangre azul de exportación, y se lo aprovechan las de afuera... En definitiva, un «mal producto publicitario». El resultado: un amplio mercado de consumidoras insatisfechas y defraudadas.

Sí, defraudadas, feas, gordas, flacas, pobres, brutas... Aquí estamos, existimos, hemos nacido para amar y ser amadas, y como tenemos sexo, sin duda deseadas. Jorobados, viejos, presos, quebrados, enfermos, locos, criminales... Ahí están, también existen, merecen ser queridos, y sexualmente amados. Suena duro, terrible, antinatural, y por demás incómodo: una tarea difícil, la lectura densa y atropellada que nadie quiere leer, la caricia que pocos se atreven a dar. En cambio, lo fácil, lo feliz, lo natural, lo ligero, lo ideal, lo paradisíaco es querer, amar, y desear al ser hermoso, bella, joven, libre, elegante, talentosa, inteligente, culto, glamorosa, rica, poderoso... ¿Qué les queda entonces a los «otros», a los diferentes, las rechazadas, los miserables, las débiles, los marginados, los subterráneos, las «rotas y los descosidos»? Si para colmo de males el brebaje, la magia, la alquimia que los convertirá nuevamente de henchidos sapos en dignas, hermosos, divinas y luminosos ciudadanos de la kusipacha² es nada más y nada menos que una prolongada e infalible dosis de puro amor. Aquí es donde los putos y las prostitutas merecen mi especial respeto: le brindan la ilusión del amor y placer sexual a personajes desconocidos, que van desde lo tolerable, lo intolerable, hasta lo repugnante y lo hacen por dinero, y qué cosa es el dinero sino «la moneda corriente», un fluido, una sustancia inmaterial, vacía e impermanente como lo es todo -absolutamente todo- lo que percibimos con nuestros sentidos.

¹ Estantería de un supermercado.

² La tierra peruana de la felicidad, nuestra versión autóctona del Edén, donde reina la kusiy : la alegría.

Decía que amar con deseo, y amar sin deseo resultaron ser en la práctica dos palpitaes diferentes, y es en la etrusca, esa lengua de la que poco se sabe, pero felizmente lo suficiente, en donde hallé una maternal respuesta: que amor viene de madre. No en vano lo primero que nos enseñan en el colegio es «mi mama me ama», y los budistas afirman que todos en diferentes reencarnaciones hemos sido la madre de todos, por lo que cuidadito con matar un gusano, que bien podría estar albergando el alma de alguna de ellas. Amor de madre, amor de pecho, amor mamado: ¡tu primer amor!, amor inclusivo, amor a toda prueba, hasta Salomón pasó a la historia como el rey más sabio gracias al amor de la madre que estuvo, recordarán, dispuesta a entregar a su hijo a la impostora antes que verlo partido en dos. Amor de virgen, amor de María, y para concluir no puedo dejar de mencionar a su hijo Jesucristo y su «Ama a Dios por encima de todo, y a tu prójimo como a ti mismo». ¿Será, tal vez, porque cuando dormimos, ricos, pobres, buenas, malos, feos, hermosas, justos, injustas, somos todos iguales, compartimos los mismos sueños, los mismos fantasmas, las mismas pesadillas?: indudablemente, el examen final de nuestra Licenciatura Espiritual. Amen.

* Publicista, trabaja y enseña en la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación – PUCP.